

con los brazos cruzados, parecía fijado en la inmovilidad de estatua que había guardado mientras hablaba su abuelo. No se fie usted de él; hace la desgracia de todo lo que toca. Si yo supusiera que era usted bastante débil para seguir sus consejos, iría á denunciarle á la policía de Turín, y así le pondrían en la imposibilidad de hacer daño á usted y á los demás.

— ¡Oh! señor, entregar á su nieto... dijo Clara en tono de protesta. Dentro de pocos instantes estará lejos de aquí y no le volveré á ver más.

Ayudada por la Gerard, Clara se llevó á Mausabré y Lucía se quedó sola con Dalassene.

V

Su última entrevista se había verificado el 13 de Julio de 1789. Al separarse en la tarde de aquel día, en el que se había fijado la fecha de su matrimonio, los dos jóvenes se creían unidos por toda la vida. Estaba convenido entre ellos que Roberto volvería al día siguiente, pero en el día siguiente estalló la Revolución, el pueblo tomó 'é incendió la Bastilla y el papel del joven noble en aquella jornada que los suyos juzgaban criminal, hizo que le arrojasen de casa de su novia como de la de su abuelo.

¡Cuántas lágrimas vertió Lucía aquel día y los siguientes! ¡Qué crueles fueron las pruebas á que la sometió el inexorable rigor de su padre, la severidad de aquel marido por el que no sentía más que aversión y la imposibilidad de volver á ver al ausente cuya imagen permanecía grabada en su corazón! ¡Con cuántos sufrimientos había pagado su obediencia, su resignación y su fidelidad al

deber! El alma de la joven estaba de ello dolorida, pues conservaba toda su fuerza aquel amor del que ella se empeñaba en no curarse.

La vuelta imprevista de Roberto, después de cuatro años, la encontraba, pues, imposibilitada para ocultar que le amaba aún tan vivamente como en otro tiempo y que nunca conseguiría olvidarle. Convencida de su impotencia para no revelar delante de él el estado de su alma, dichosa de volverle á ver y temiendo las consecuencias del encuentro, estaba Lucía violentamente emocionada. Roberto lo estaba tanto como ella. La alegría de poder hablar libremente le transfiguraba; la llama de sus ojos iluminaba y daba expresión de gozo á aquella cara poco antes impasible y sombría. Roberto avanzó con los brazos abiertos murmurando :

— ¡Lucía! ¡Mi querida Lucía!

La joven se sintió vencida al encontrar en el acento de Roberto la apasionada ternura de los tiempos pasados, pero tuvo bastante valor para esquivar el abrazo y bastante presencia de ánimo para prevenir las palabras que ella esperaba y temía.

— Deploro vivamente lo que acaba de pasar, Roberto, dijo. Había esperado que su abuelo de usted se prestaría á la reconciliación.

Detenido en su ímpetu, Dalassene logró disimular su decepción y sin recriminar, sin quejarse, siguió á Lucía al terreno en que ella ponía la conferencia.

— Mi abuelo es como la mayor parte de los rea-

listas, respondió con una especie de impertinencia irónica. Esa gente no comprende nada de nuestra situación, y usted misma acaso...

Lucía le interrumpió :

— No me asocio á sus reproches. He deplorado su conducta de usted porque esa conducta nos separaba; pero no me corresponde vituperarle. ¡Qué me hubieran importado sus opiniones si hubiera sido su mujer y usted me hubiera amado como yo le amaba!

Dalassene comprendió por estas palabras que aquel débil corazón le seguía perteneciendo.

— Hubiera amado á usted hasta el fin de mi vida como la ama todavía, dijo Roberto enternecido.

No tenía necesidad de afirmarlo para convencer á Lucía, que nunca había dudado de él. Pero al oírle protestar de su amor quedóse la joven tan turbada que tuvo necesidad de un enérgico esfuerzo de voluntad para contenerse.

— No hay más que un punto en el que doy la razón al señor de Mausabré, dijo Lucía. Pienso como él que no debo volver á Chambéry mientras usted esté allí.

— ¡Tiene usted miedo de mí!

— De usted, puede ser; pero tengo más de mí misma, confesó la joven.

— ¡Eso quiere decir que me ama usted todavía! ¡Oh! bien lo sabía yo, exclamó Roberto con exaltación; sabía muy bien que no podía usted haberme

olvidado, que no me había usted quitado el corazón que una vez me dió.

Más fuerte que ella esta vez, la atrajo hacia él y le estrechó las manos con efusión mientras ella suspiraba :

— Mi corazón es de usted ; lo será siempre.

Así estuvieron por espacio de un minuto, que fué para ellos de embriaguez y que ató más sólidamente los vínculos que los unían. De repente, como llena de terror, Lucía se apartó del joven.

— Váyase usted, amigo mío, dijo en tono de súplica ; déjeme. Su abuelo puede volver y ya le ha oído usted amenazarle hace un momento con ir á denunciarle á la policía piamontesa. Si le encuentra á usted aquí, realizará su amenaza.

— No me asusta, dijo Dalassene sonriendo. Si el rey del Piamonte se atreviera á ponerme la mano encima, la Convención, que le tiene aún consideraciones, enviaría un ejército para libertarme y para vengar la afrenta que se le habría hecho en mi persona. Su reino sería conquistado tan rápidamente como lo ha sido el de Saboya, y no querrá correr ese riesgo.

— Entonces, insistió Lucía, si el cuidado de su seguridad no es bastante poderoso para hacerle salir de aquí, inspírese usted en el de mi reposo y mi honor. He sido culpable recibéndole á usted ; lo soy más escuchándole. Le conjuro á usted á que se vaya.

— Sea, pues, pero partamos juntos.

Sin dejar á la joven tiempo para responderle, Roberto ahogó bajo un lenguaje más tierno, más persuasivo y más apasionado la protesta que adivinaba en su mirada.

— Escúcheme usted, querida Lucía ; desde que fuimos separados el uno del otro, no ha habido día en que no haya adorado á usted más ardientemente que el anterior. He querido en vano olvidarla, y ni las tempestades de la existencia infernal que ha sido la mía, ni la violencia de los excesos á que me he entregado, han podido borrar en mí la imagen de usted. La he llorado, la he llamado, y cuanto más lejos estaba usted, más se excitaban mis deseos, mis esperanzas, mi voluntad de recobrarla.

— ¿ Para qué hablarme así ? imploró Lucía. ¡ Me desgarras usted el alma ! No puedo hacer nada para consolarle.

Pero Roberto no la oía, arrebatado por la pasión, y siguieron cayendo de su boca palabras de fuego :

— Un día, no pudiendo ya resistir, he resuelto ver á usted á toda costa y me he hecho designar por la Convención como comisario en Saboya. Creí que estaba usted en Chambéry, supe allí que estaba usted en Turín, y aquí me tiene. Al llegar no pensaba en llevar á usted á Francia conmigo ; sólo quería asegurarme de sus sentimientos, estrechar á usted contra mi corazón si me amaba todavía, y marcharme en seguida. Pero la he visto más her-

mosa que en aquel tiempo, enamorada como siempre del que recibió el primero sus juramentos, y he comprendido que sólo dependía de nosotros el reconstituir nuestra dicha destruida. Si consiente usted en seguirme, juro consagrarla toda mi vida.

— ¡Ay! la mía no es libre, gimió Lucía. Estoy casada; tengo un dueño.

— Pronto podrá usted sacudir su yugo. Dentro de poco tiempo, figurará el divorcio en las leyes de la República y podrá usted romper las cadenas que la unen al conde de Entremont. Entences será usted mi mujer y mientras tanto vivirá á mi lado. La Convención me va á llamar. Iremos juntos á París y la instalaré á usted en mi castillo de Chanteloup hasta el momento de nuestro matrimonio. No tiene usted hijos; si no ama usted á su marido, ¿qué es lo que puede retenerla?

— Tengo á mi hermana, respondió débilmente Lucía á la que embriagaba este lenguaje. Clara no tiene á nadie más que á mí.

— Clara podrá reunirse con usted, y, más adelante, la encontraremos un marido. No se niegue usted, Lucía, añadió Dalassene, que no suplicaba ya y parecía ordenar. Mi vida es horrible y usted sola puede transformarla y detenerme en la vía en que estoy empeñado. ¿A dónde me conducirá si usted me abandona? Seré como Robespierre, como Saint-Just, como Fouché, como Carrier y todos esos derra-

madores de sangre. Cuidado, soy capaz de todo si usted se niega á seguirme.

El joven decía aquello con violencia y toda su persona, su voz temblorosa, su mirada encendida de un fuego sombrío, daban á su lenguaje una significación siniestra. Lucía estaba asustada, viendo una profecía cuya realización habría de apresurar una negativa de su parte, mientras que la impediría su consentimiento. La esperanza de ejercer una influencia dichosa en aquel hombre que, hacía un momento, cuando suplicaba, se había mostrado dulce como un niño y al que ahora el temor de ser rechazado ponía terrible como un león desencadenado, acabó de desarmarla.

— ¡Seguirle á usted! repitió. ¿Qué razón podrá dar? ¿Qué pretexto?

— La salvación de su fortuna, replicó Dalassene que tenía respuesta á todo y que se tranquilizaba viendo que Lucía resistía ya débilmente. Solamente podrá usted salvar sus bienes volviendo á Chambery.

— Pues bien, dijo la joven falta ya de fuerzas, váyase usted en seguida. Me reuniré con usted después, mañana.

El león se transparentó de nuevo á través del amante.

— Ni después ni mañana; en seguida. Si dejase á usted detrás de mí, se arrepentiría. La tengo á usted, me adorada, y la guardo. Mis medidas están

tomadas para marcharme esta noche; se vendrá usted conmigo.

Lucía estaba ya muy debilitada por la perspectiva embriagadora que Roberto acababa de pintarla, y la mirada con que él acompañaba sus palabras y con que las confirmaba dándole más fuerza, acabó lo que quedaba de voluntad á la joven, que, hipnotizada, no fué ya entre las manos de su dueño más que una criatura inerte, bruscamente sometida á la obediencia y á la que bastaba ordenar en nombre del amor para que se sometiese por completo. De lejos, hubiera podido resistirle: de cerca no podía, y por eso quería Roberto llevársela con él sin darle tiempo para reflexionar y detenerse antes de quedar irreparablemente comprometida.

La joven, sin embargo, como si midiese la profundidad del abismo en que iba á precipitarse, luchaba aún, pero con un acento que ya confesaba la derrota.

— ¡No exija usted eso de mí, Roberto! suspiró. Si le escucha, estaría perdida.

— Estaría usted salvada, exclamó Roberto con ímpetu, salvada de la más horrible existencia, de una cautividad miserable...

La entrada repentina de Clara, seguida de la Gerard, detuvo las palabras en sus labios. La joven llegaba corriendo, presa de una violenta agitación y con los ojos llenos de espanto. En vez de dirigirse á su hermana, interpeló á Dalassene.

— No está usted aquí en seguridad, caballero. Su abuelo acaba de salir para ir á denunciarle á la policía. En vano hemos querido detenerle la Gerard y yo; no ha consentido oír nada y se ha marchado como un loco.

Lucía se lanzó á Roberto.

— Ya ve usted que tenía yo razón, le dijo aterrada. Váyase usted, amigo mío, váyase en nombre del cielo.

— Es preciso, caballero, añadió la Gerard interviniendo con la autoridad que le daban su edad y la confianza del conde de Entremont. Piense usted en el escándalo que resultaría si fuese preso en casa de mis señoras.

— Sí, Roberto, piense usted en eso, dijo Lucía á cada momento más apurada; piense usted también que yo sería la víctima de su obstinación. Mi marido, si supiera que le he recibido á usted, no me lo perdonaría y se vengaría en mí.

Dalassene, dueño de sí mismo, había opuesto una tranquilidad imperturbable á las súplicas de Clara y la Gerard.

Las de Lucía le hicieron más efecto, pues se acercó á ella y le dijo en voz baja:

— Me marcharé, pero con usted. Si se niega usted á seguirme, me quedo.

— Pero no puedo seguir á usted ahora, respondió Lucía en el mismo tono. Tengo que tomar disposiciones; debo al menos preparar á mi hermana á mi

partida y darle los medios de reunirse conmigo en Chambery.

— No hace falta mucho tiempo para eso, respondió Dalassene. Mi resolución es irrevocable; no saldré de Turín sin usted. Consiento, sin embargo, á marcharme de aquí el primero, pero con la condición de que se comprometa usted á ir á buscarme dentro de una hora á la plaza de San Carlos, donde la esperaré. La noche está obscura y protegerá nuestra fuga. Además, tengo amigos en Turín, amigos de la República, que me sirven de guardia, y, gracias á ellos, partiremos sin correr ningún peligro. ¿Consiente usted en lo que le propongo?

— Consiento, murmuró Lucía desfallecida. Pero, por Dios, déjenos.

— Y sobre todo, continuó Dalassene, no vaya usted á cambiar de opinión. Si falta usted á la cita, me verá reaparecer. Vendré á buscarla, y si soy preso, usted será la que me habrá entregado.

Bajo la influencia de aquella voz alternativamente ruda y cariñosa, se operaba una metamorfosis en el alma de Lucía. Lejos de ofenderse por las exigencias de Roberto, las interpretaba como una prueba de amor, las sufría con embriaguez y, después de haber vacilado tanto, se decidía.

Lucía se irguió y fijando los ojos en los del amante á que se entregaba, dijo con firmeza:

— Cuando yo prometo, cumplo. Vaya usted á esperarme en la plaza de San Carlos.

Dalassene no quería otra cosa, y viendo que Clara y la Gerard empezaban á alarmarse por su corto diálogo con Lucía, que ellas no habían podido oír, les anunció que cedía á sus ruegos.

— No tome usted el camino por el que ha venido, caballero, le recomendó la Gerard. Es inútil exponerse á encontrar á su abuelo y á la gente de la policía. El jardín tiene dos salidas; voy á conducir á usted á una de ellas, en la que puede estar seguro de no encontrar á nadie.

— El portero me ha visto entrar. ¿No vale más que me vea salir? objetó Dalassene. Si me cree en la casa y así se lo dice á los esbirros, querrán registrarlo todo.

— Mejor, dijo vivamente Lucía. Mientras le buscan á usted aquí, no le buscarán en otra parte y tendrá tiempo para huir.

El peligro que corría Dalassene no permitía largas despedidas, por lo que fueron breves é impregnadas de cierta frialdad por parte de Clara y de la Gerard, que no dejaban de guardar rencor al viajero inoportuno que había turbado su apacible existencia. Pero Roberto fué indemnizado por la última mirada de Lucía, en la que leyó la formal confirmación de la promesa que había logrado arrancarle.

Después de marcharse Roberto, las dos hermanas se quedaron un momento en silencio, como si sólo guardándole pudieran reponerse de sus emociones. Acaso también, Clara esperaba confidencias que no se atrevía á solicitar de su hermana, y ésta, obligada á hacérselas, buscaba cómo podría anunciarle su resolución de ir á Chambery y demostrarle la necesidad de ese viaje.

— ¿No te parece, querida mía, dijo Lucía por fin, que Mausabré ha estado muy cruel con Roberto? No haberse contentado con llenarle de reproches y haber querido aún hacerle prender, es horrible.

— Sí, es horrible, respondió Clara. Pero él ha sufrido mucho por su nieto y, al encontrarle aquí, ha debido de sentir más vivamente su sufrimiento. Sea lo que quiera lo que ha dicho y ha hecho, es más de compadecer que de vituperar. Además, el

señor Dalassene ha sido muy imprudente tratando de verte.

— Su imprudencia es una prueba de su solicitud para conmigo. ¿Se le puede acusar por el paso que ha dado, cuando ha tenido por objeto conjurar nuestra ruina? Si él no me hubiera advertido, se habrían acabado las propiedades del señor de Entremont en Saboya.

— Hubieras sido advertida por las gacetas, objetó Clara. Además la advertencia de Dalassene resultará inútil y no impedirá la confiscación de vuestros bienes.

— A no ser que me vuelva á Chambéry.

— ¿Piensas en tal viaje, Lucía, cuando el populacho reina en nuestro país? Ir á Chambéry es entregarnos á él.

— Tú te quedarás en Turín con la Gerard. En cuanto á mí, protegida por Roberto, no tendré nada que temer.

— ¿Te vas á confiar á él?

— Estoy decidida, declaró Lucía aprovechando la ocasión que se le ofrecía de revelar su proyecto. Todo está convenido con él; nos vamos juntos esta noche.

Un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Clara, que estupefacta y aterrada, juntó las manos y no pudo menos de suspirar :

— ¡Oh! ¡Lucía! ¡Lucía!

Pero Lucía se irguió para no dejarse enternecer.

— Lo que hago, debo hacerlo, dijo. Mi marido me guardaría un eterno rencor si pudiendo evitar su ruina y la mía, vacilase un solo instante.

— Yo no tengo experiencia, confesó Clara, y sé que mi opinión no tiene gran valor. Pero sé también que yo, en el caso del señor de Entremont, te tendría más rencor por haber partido con un hombre con el que estuviste para casarte, que te ama aún, como prueba su presencia en Turín, y al que acaso tú amas también.

Lucía no respondió al pronto. El lenguaje de su hermana la desconcertaba, viendo sus pensamientos adivinados ó al menos sospechados, y no sabía qué responder. Pero pronto dominó su confusión.

— Mi marido ignorará que Roberto ha sido mi compañero de viaje. ¿Quién ha de decírselo? En cambio, cuando sepa que gracias á mi resolución, le han sido conservados sus bienes, no podrá por menos que aprobarme. En todo caso me hará la justicia de creer que he hecho lo que he creído mejor.

En la boca de Clara estuvo á punto de brotar una objeción, pero la joven no la formuló. Para qué en vista de la resolución de su hermana, que parecía ser tan definitiva?

— De modo que te marchas, dijo sin dejar de llorar.

— Dentro de unos instantes, Roberto me espera y no quisiera que Mausabré me encontrase aquí.

— ¿Y qué va á ser de mí? preguntó Clara.

— Ya te lo he dicho, querida mía, te quedarás aquí con la Gerard hasta nueva orden. Cuando veas á mi marido, le explicarás mi determinación. Por lo demás, yo le escribiré desde Chambéry, á donde espero llamarte muy pronto.

Mientras Lucía hablaba, la cara de su hermana se iba transformando, y no expresaba ya solamente el dolor, sino la energía de una voluntad que ella trajo con un acento firme y grave.

— No me toca juzgar tu conducta, Lucía. Siempre he aprobado lo que has hecho y aprobaré lo mismo lo que hagas, con tal de que no nos separemos. Estoy sola en el mundo y desde la muerte de nuestro padre he alimentado la esperanza de que nuestra vida sería común; si la destruyeses, me destrozarias el corazón. No quiero separarme de ti, y puesto que crees necesario volver á Saboya, llévame.

— ¡Qué alegría me das manifestándome así tu ternura, niña querida! ¿Cómo negarte lo que pides, puesto que esa negativa sería en mí un acto de ingratitud? Quieres seguirme y compartir mi suerte; consiento en ello. Pero comprende que no podemos, marchándonos las dos esta noche parecer unas fugitivas. Además, hay una infinidad de cosas que arreglar antes de dejar este país; los baúles que hacer, mil objetos que llevar. Esos preparativos exigirán unos días, al cabo de los cuales podrás ponerte en camino con la Gerard. Ahí la tienes; ella te dirá que el partido que te aconsejo es el más prudente.

La Gerard volvía, en efecto, después de haber hecho salir secretamente á Roberto. Clara corrió á ella y le dijo:

— Clara nos deja esta noche para irse á Chambéry, y tú y yo no tardaremos en reunirnos con ella.

El ama de gobierno recibió esta noticia sin sorpresa ni emoción.

— Lo sospechaba, respondió. En los cortos instantes que acabo de pasar con el señor de Dalassene, éste me ha dicho bastante para hacerme comprender que sus consejos han prevalecido aquí.

— ¿Me acusas, Gerard? preguntó Lucía.

— No, señora querida, no acuso á usted por querer salvar su fortuna ni por ir á Chambéry á salvarla. ¿Quién podría acusar á usted? Lo que encuentro lamentable es que se vaya en compañía de ese joven, que es un compañero muy comprometido para una señora. Acaso valiera más retardar ese viaje unos días; nos iríamos las tres juntas y no estaría usted menos segura bajo mi protección que bajo la que usted ha aceptado.

La Gerard acompañó estas palabras con un ademán amenazador para los malandrines que pudieran encontrarse en su camino, ademán que puso en evidencia su alta y robusta talla, sus vigorosos brazos y sus manos callosas y huesudas. Sí, ella era capaz de defender á las viajeras de todos los peligros del camino y la opinión que formulaba estaba ins-

pirada en la prudencia. Pero Lucía recordaba la promesa hecha á Roberto y temía verle reaparecer si no la cumplía. Este temor, y, sin duda, más aún la perspectiva de un viaje delicioso, hízola rebelde á los buenos consejos.

— Olvidas, Gerard, que es urgente que se me vea en Chambéry. El tiempo apremia y sería doloroso llegar tarde.

Había que renunciar á toda discusión, y así lo hizo la Gerard. Su autoridad tenía límites, era enteramente moral y no podía nada contra la voluntad de Lucía. Solamente un suspiro dió testimonio del pesar que experimentaba por no poder hacer aceptar sus consejos.

— Pero, para marcharse, dijo, hace falta un coche. ¿Cómo procurárnoslo esta noche? Hay además que preparar el equipaje; nada está preparado.

— No necesito coche; Roberto tiene el suyo, respondió Lucía. En cuanto á mi equipaje, vosotras me lo llevaréis cuando vayáis á buscarme. No me hace falta nada para el camino, puesto que debo viajar día y noche, y una maleta de mano me bastará. En Chambéry, donde estaremos pasado mañana, encontraré todos los objetos que dejé allí. Ven á ayudarme á hacer estos pequeños preparativos, querida. No tenemos tiempo que perder.

Lucía se fué á su cuarto y Clara y la Gerard la siguieron. La joven enamorada se puso á arrojar

con prisa febril en un saco de cuero sus alhajas y un poco de dinero, se envolvió en un manto y, sin parecer sensible al llanto de su hermana y del ama de gobierno, les dió las últimas instrucciones para su partida que debía verificarse á los pocos días. Clara lloraba, pero estaba callada. La Gerard expresaba sus sentimientos en frases regañonas y bruscas.

— ¿Qué va á decir el señor conde? Se va á poner furioso y con razón. ¿Quién hubiera esperado esto? Me parece que estoy soñando.

No soñaba, por desgracia. Era muy real aquella partida precipitada cuyos preparativos se hacían á toda prisa, y muy real también la pena que causaba á Clara la resolución tomada por su hermana bajo la influencia de Dalassene.

— Nuestra separación no es más que momentánea, le decía ésta para consolarla. Dentro de unos días estaremos reunidas de nuevo.

Pero Clara movía tristemente la cabeza dominada por tristes presentimientos, asustada más que entristecida por la arriesgada aventura en que se metía su hermana tan resueltamente. Hubiérase dicho que preveía el porvenir.

Silenciosa y triste, siguió á la fugitiva hasta el umbral de su casa, y en la puertecilla del jardín por la que Dalassene había salido, cambiaron un último y tierno adiós. La noche había favorecido hacia un momento la salida del joven miembro de la Con-

vención, y debía favorecer del mismo modo la de Lucía y la Gerard, que había querido acompañar á su señora hasta la plaza de San Carlos. Nadie las vió alejarse, y pocos instantes después recorrían con seguro paso la vía delle Ospedale, por la que circulaban numerosos transeuntes para los cuales las dos mujeres eran desconocidas y que no se fijaron en ellas.

Después de haberlas visto desaparecer, Clara volvió al salón, y la Gerard la encontró allí una hora más tarde al volver á la casa. La joven estaba rezando arrodillada y llorosa.

— Se han marchado, dijo el ama de gobierno entrando sofocada.

Y al ver que Clara abría la boca para pedir detalles, añadió en voz baja :

— Ni una palabra, señorita. Creo que la policía viene siguiéndome con el abuelo.

En el mismo momento se oyeron golpes en la puerta de la casa. La Gerard salió á abrir y se encontró con el señor de Mausabré y dos hombres vestidos de negro.

El viejo pasó delante de ella como si no advirtiese su presencia y entró en el salón gritando :

— Aquí le he dejado y debe de estar aún.

Clara se levantó y dijo recobrando todo su aplomo.

— ¿A quién busca usted, caballero?

— Al ciudadano Dalassene, respondió Mausabré registrando con los ojos alrededor de ella.

— No está ya aquí; nos dejó casi en seguida que usted.

Uno de los hombres negros tomó la palabra :

— ¿Sabe usted dónde está, señorita?

— Supongo que se habrá ido á su posada. Nos ha anunciado que no se iría hasta mañana.

— ¿Cuál es esa posada?

— No nos lo ha dicho; no ha tenido tiempo. Ha tenido que retirarse, por orden de mi hermana, en cuanto se quedó solo con nosotras.

Clara mentía, pero su mentira se inspiraba en la necesidad de engañar á la policía y dejar á los fugitivos adelantarse antes de que corrieran detrás de ellos. Por lo demás, esa mentira no fué sospechada, tan bien fingió la joven la sinceridad con su mirada y con su acento.

— Siento haber molestado á ustedes para nada, señores, dijo á sus compañeros Mausabré, cuya cara denunciaba un gran despecho. Hemos llegado tarde; es un asunto fracasado.

— Todavía no, dijo el hombre negro. Puesto que ese maldito convencional no ha salido de Turin, le encontraremos.

Y salió con su compañero después de haber saludado á Clara. Mausabré los acompañó hasta la escalera. Cuando volvió dijo á Clara :

— Debo excusarme con los habitantes de esta casa por haber introducido en ella la policía. Ustedes me perdonarán pensando que la captura de

ese miserable hubiera prestado servicio á los hombres de bien y á él mismo. Pero no veo á la señora de Entremont. ¿No podría expresarle mi pesar?

Cogida de improviso con esta pregunta, Clara miró á la Gerard, que adivinó su apuro y se apresuró á responder :

— La señora condesa está delicada... Las emociones de esta noche... Se ha refugiado en su cuarto y, sin duda, está durmiendo.

— Tendré el honor de volver mañana á ofrecerle mis homenajes y mis excusas. Servidor de usted, señorita.

Mausabré saludó respetuosamente á Clara y se retiró. Cuando la joven cerró la puerta, preguntó como hablando consigo misma :

— ¿Hemos hecho bien en mentir esta noche? ¿No habrá que confesar mañana la verdad?

La Gerard protestó :

— ¡Confesar la verdad esta noche! ¿Cómo piensa usted eso, señorita? Hubiera sido entregar al señor de Dalassene y revelar á toda la tierra que su hermana de usted se ha marchado con él. Hemos tomado el mejor partido, créame usted.

— Puede que tengas razón, dijo Clara.

La joven bajó la cabeza, muy pensativa, siguiendo con la imaginación á los dos fugitivos por el camino de Chambéry y todas sus etapas : Avegliano, Suse, la meseta del monte Cenis, Lanslebourg, Módena,

Saint-Jean-de-Maurienne, Aiguebelle, Maltavern, pero muy lejos de adivinar, en su inocencia y su ingenuidad, que aquel camino sería para Lucía una ruta de perdición y de desgracia.

VII

Próximo á París, en las alturas de la orilla derecha del Sena, no lejos de Triel, se levantaba, en la época en que se desarrollaron los acontecimientos que estamos narrando, un castillo que llevaba el mismo nombre que la aldea de Chanteloup extendida á sus pies.

¿Era del pueblo del que el castillo había tomado este nombre, que es el de otro dominio situado en Turena y famoso por haber vivido en él durante su destierro el ministro Choiseul y por el fausto que allí desplegó? ¿Era, por el contrario, el castillo el que había dado su nombre á la aldea? No podríamos decirlo, y la cosa, por otra parte, importa poco. Lo más cierto es que la tierra de Chanteloup adonde conducimos á nuestros lectores, constituía una residencia encantadora, gracias á sus arboledas seculares, á sus paseos, á la elegancia arquitectónica de sus edificios y, sobre todo, á su situación en la ladera

de una colina desde la cual la mirada abarcaba el más risueño paisaje.

Ese castillo era propiedad de Dalassene, que le había recibido de sus antepasados. Éstos le habían transformado en varias ocasiones, demoliendo ciertas partes del castillo y reedificándola sobre sus ruinas. La reedificación más reciente databa de los primeros años del reinado de Luis XV, y no había dejado de los antiguos edificios más que tres potentes torres, vestigio elocuente de los tiempos feudales y entre las cuales se desarrollaba una fachada de frontón y de columnas, que alegraba con la elegante esbeltez de su balaustrada de piedra el terrado á la italiana que coronaba la cubierta.

El interior de aquella cómoda morada cumplía las promesas del exterior. Todo en ella revelaba el bienestar y el gusto de las generaciones que, una tras otra, habían dejado allí su huella, y ofrecía á Dalassene la preciosa ventaja de estar cerca de París y bastante lejos, sin embargo, para que pudiese, si le parecía bien, ocultar allí su vida ó recibir á sus compañeros de placeres.

Gustaba á Dalassene residir allí todo el verano y hasta el fin del otoño. Muchas veces, al salir de las sesiones de la Convención, en lugar de meterse en su casa de París, se marchaba á Chanteloup, adonde le llevaba su coche en dos horas. Muchas veces también, cuando los cuidados de la política le dejaban tiempo, se complacía prolongando allí su estancia, y

más aún desde que había instalado en el castillo á Lucía y á su hermana.

Al volver á Francia con él, después de una estancia bastante prolongada en Saboya, durante la cual se reunieron con ellos Clara y la Gerard, Lucía no había permanecido en París más que el tiempo necesario para preparar su instancia de divorcio. La ausencia de su marido, cuyo nombre seguía figurando en la lista de emigrados, de la que se había borrado el suyo, facilitó el rompimiento del matrimonio. Resuelta á casarse con Dalassene, Lucía no vaciló en seguirle á Chanteloup, considerando que estaban unidos el uno al otro por su voluntad recíproca tan sólidamente como si la ley hubiera consagrado su unión.

Gracias á las precauciones que habían tomado para rodear de misterio su amor, Clara no sospechaba la caída final de su hermana y la creía resuelta á divorciarse para ser la mujer legítima de Dalassene. Pero, pensase lo que quisiera de este designio, y no atreviéndose á vituperarlo ya que no lo podía impedir, no veía aún en el futuro marido de Lucía más que un protector y un amigo.

Debe suponerse que la Gerard veía más claro y sabía á qué atenerse sobre el verdadero carácter de la aventura á que la asociaba su adhesión; pero no tenía que dar consejos, que, por otra parte, hubieran sido tardíos. Había visto lo que pasaba en el momento en que su ama salía de Turín, y, puesto que

no había podido detenerla, estaba ya condenada al silencio. La Gerard fingía no ver nada, se callaba y permanecía en su puesto no escuchando más que á su antiguo cariño y con la esperanza de ser útil á las jóvenes á quienes se había consagrado.

Tal era la situación á principios de agosto, pocos meses después del fatal é irreparable acto de Lucía. Aquella mañana, á eso de las diez, estaban sentados cuatro personajes bajo un grupo de tilos que protegía del sol el terrado de Chanteloup, alrededor de una mesa en la que uno de ellos había colocado un manuscrito que estaba leyendo en alta voz. Este lector, llamado Formanoir, era el secretario de Dalassene. Apoyado en la mesa, la cara pensativa, el convencional estaba escuchando con una inmovilidad de estatua y sirviendo de modelo á un joven que enfrente de él estaba haciendo su retrato al lápiz en una hoja de álbum.

La actitud del artista indicaba el respeto que le inspiraba su modelo y el temor que la causaba la atención con que seguía su lápiz un cuarto personaje sentado detrás de él y que no le perdía de vista sin dejar de prestar atención á la lectura.

— Un poco más de sombra á la derecha de la frente, Esteban, díjole éste de modo que nadie lo oyese más que él.

— Está bien, maestro, respondió el dibujante en el mismo tono.

Y siguió dócilmente el consejo, sin tratar de dis-

cutirle. ¿Cómo se hubiera trevido á hacerlo cuando el que se lo daba no era otro que el famoso Belliere, del que tenía á honor recibir lecciones?

De edad entonces de cuarenta y cinco años, Belliere se sentaba en la Convención en los mismos bancos que Dalassene. Pero mientras Robert era considerado hasta entonces como de los más poderosos y, á riesgo de incurrir en la enemistad de éstos, no temía afrontarlos para sostener sus opiniones y sus palabras, Belliere se mostraba más prudente y más hábil y ahora que se hacían más acerbos entre las fracciones la rivalidad que iba á enviar á los girondinos al cadalso y después de ellos á otros vencidos, él se esforzaba por prever quiénes serían los más fuertes, á fin de declararse por ellos en tiempo oportuno.

Belliere había desempeñado y seguía desempeñando este difícil papel con bastante habilidad para hacer indiscutible su civismo, como se decía entonces, inspirar confianza al partido terrorista y hacerse elegir miembro de la Junta de Seguridad general al mismo tiempo que Dalassene.

Allí era donde habían hecho amistad. Dalassene amaba el arte y admiraba el talento de Belliere. El pintor, por su parte, cifraba cierto orgullo en haber conquistado las simpatías de aquel brillante colega, que se distinguía de la mayor parte de ellos por la cultura de su espíritu, por su elegancia y por la altiva impertinencia con que renegaba de su pasado y defendía la causa que había adoptado.

Belliere había estado en Chanteloup en dos ó tres ocasiones. Aquel día, había salido de París antes de la salida del sol, para evitar el calor, y había llevado á Esteban Jerold, su discípulo preferido. Era su primera visita después de la vuelta de Dalassene á Francia viniendo de su misión en Saboya.

Cuando el pintor se apeó del coche, Dalassene, sin dejarle respirar, le ofreció comunicarle el proyecto de Constitución que debía ser presentado á los pocos días á la Asamblea. Este proyecto, redactado por él y por algunos colegas convocados á Chanteloup para ese efecto, iba á ser enviado á París después de haber recibido su forma definitiva. Otro convencional, Herault de Sechelles, también pasado de la nobleza á las filas de la Revolución, debía presentarle á la Convención en calidad de ponente.

— Llegas á tiempo, había dicho Dalassene á Belliere. Escucharás la lectura antes de que mi secretario se la lleve á París.

— Es un honor que me haces y que te agradezco, respondió Belliere. Mientras te oigo, añadió presentando á Esteban Jerold, servirás de modelo á este joven, mi discípulo. Arde en deseo de dibujar tu cara y me he permitido traértele.

La lectura se estaba acabando y pronto se dejó de oír la voz monótona de Formanoir.

— Y bien, Belliere, ¿qué te parece? preguntó Dalassene levantándose sin notar la mirada desolada del joven artista á que estaba sirviendo de modelo.

— Me parece que esta Constitución es una obra maestra. Funda la República una é indivisible, y hace imperecedero el recuerdo del año noventa y tres que la va á ver nacer. Es un hermoso resultado después de la muerte de Capeto. Mi enhorabuena, querido colega.

Dalassene protestaba, hacía remilgos y fingía modestia.

— El honor corresponde sobre todo á Herault, que es el principal autor. Es verdad que Danton y yo le hemos ayudado mucho. Durante diez días, encerrados día y noche en el pabellón que tú conoces, allá, en el extremo del parque, hemos confeccionado nuestra obra, únicamente inspirados en el amor de la patria y de la libertad.

Por las facciones de Belliere pasó una sonrisa de incredulidad.

— No me harás creer que Danton, Sechelles y tú habéis vivido diez días como anacoretas. Los conozco y te conozco á ti. Y además, dijo riendo más fuerte, aquí huele á mujer.

— Danton trajo la suya, confesó Dalassene, y Sechelles una tierna amiga. Trabajábamos de día y nos recreábamos de noche.

— Sí, comprendo, cada cual su mitad. Pero, ¿y tú? Enfadado con la Villars, has debido de echarla de menos, á no ser que la hayas reemplazado como se cuenta.

Los ojos de Dalassene respondieron afirmativamente.

— ¿Es cierto? dijo Belliere.

Y añadió más bajo :

— ¿Quién es esa nueva beldad?

— Hablaremos después, cuando estemos solos, respondió su colega mostrándole á Esteban Jerold y á Formanoir.

Su secretario estaba arreglando las cuartillas del manuscrito, mientras el artista, lápiz en mano, estaba desesperado por las idas y venidas de su modelo, esperando que volviera á serlo.

Belliere se acercó á él.

— El ciudadano Dalassene te concederá otro día una sesión, le dijo. Dale las gracias por haberse prestado á tu deseo con tanta amabilidad, y déjanos.

Dalassene intervino benévolo :

— Anda á pasearte por mi parque, joven. Si te gustan los bellos paisajes, disfrutarás de sorpresas, pues tendrás á tus pies toda la vega del Sena.

— Gracias, ciudadano, dijo Esteban cerrando el álbum con sonrisa de pesar.

El joven se levantó con un poco de rubor en la cara, en la que se leían la energía y la rectitud, y se alejó cojeando ligeramente. Belliere vió perderse en las arboledas su fina silueta muy alegre á pesar de su imperfección apenas visible.

— ¡Qué lástima que las balas prusianas no hayan respetado á este buen mozo; hubiera hecho una carrera brillante en los ejércitos de la República, dijo el pintor á Dalassene. Por fortuna, el hierro

enemigo no le ha herido las manos, y puede tener un pincel.

— Para su gloria y la tuya, si se muestra digno de su maestro.

Y volviéndose hacia el secretario, que estaba esperando sus órdenes, Dalassene se las dió :

— Vas á marcharte, Formanoir; mi coche está enganchado. En cuanto llegues á París, irás á entregar este proyecto de Constitución á Sechelles, que le está esperando para hacer su informe. Te pondrás á sus órdenes si te necesita. Hecho el informe, como está convenido, le llevarás con el proyecto á casa del impresor y le prevendrás que la distribución á los representantes debe estar hecha dentro de tres días.

— El plazo es, acaso, un poco corto, ciudadano, objetó Formanoir.

— Que el impresor se arregle como pueda; no le concedo ni una hora más. La República está impaciente por entrar en posesión de su ley fundamental. Anda, mi fiel compañero, y despáchate.

Pronto á la obediencia, Formanoir saludó y salió rápidamente para montar en el coche que le esperaba en el patio del castillo. Belliere volvió á su puesto, cruzó las piernas y recogió sobre su calzón de gamuza los faldones de la carmañola, cuyo color de amaranto parecía más vivo bajo las manchas de oro que imprimía en él el sol á través de los árboles. El pintor invitó con un gesto á Dalassene á que se sentase á su lado.

Quería repetir la pregunta que le había hecho hacía un momento, pero se lo impidió Dalassene interrumpiéndole :

— Espero, colega, que no has venido por unas horas sino por unos días.

— Sí, si mi presencia no te molesta, respondió el pintor. ¿Cuándo te vuelves á París?

— Si tú quieres, volveremos juntos dentro de tres días. ¿Está convenido?

— Lo está y te doy las gracias pues te deberé el respirar un aire más puro que el de la atmósfera abrasada en que vivimos en esa Convención donde no podemos estrechar una mano sin preguntarnos si firmará nuestra sentencia de muerte, mientras la guillotina funciona sin descanso, se hacen visitas domiciliarias y está el Terror á la orden del día.

— Lo que quiere decir que esto es un infierno.

— Desgraciadamente necesario para el castigo de los conspiradores y de los traidores, añadió Belliere como para excusarse de haber dejado escapar una queja.

— Lo que no deja de asombrarme es verte allí; tú, un artista, un gran pintor, observó Dalassene.

— También estás tú, un ex noble.

— Obedeciendo á convicciones imperiosas, he quemado mis dioses sin mirar detrás de mí.

— Lo mismo he hecho yo.

— Tú no tenías necesidad de hacerlo, teniendo tu arte.

Belliere se levantó, dió unos paseos en silencio, como absorto en sus pensamientos, y después, cediendo á su violencia, rompió á hablar de un modo al que su acento y su fisonomía daban el carácter de una confesión.

— He sufrido, como tantos otros, el contagio revolucionario, una atracción fatal é irresistible, y ha llegado una hora en que, ante los acontecimientos que revolvían la patria, no me bastó el arte y quise añadir al renombre que le debía la popularidad del tribuno. Hay pendientes en las que no es posible detenerse una vez lanzado. Al principio no creí llegar adonde hoy me encuentro, pero el temor de ser acusado de moderantismo...

Sí, eso es, el miedo; al miedo obedecemos todos, murmuró Dalassene. Temblamos todos del espanto que nos causamos los unos á los otros. Votamos bajo la amenaza del puñal.

Se calló y paseó la mirada á su alrededor como si temiera que se le hubiese oído. Belliere le imitó, poseído del mismo temor, pero, ya tranquilo, siguió diciendo :

— He cedido también al orgullo de ser, con David, el artista de la República y el organizador de sus fiestas populares.

Dalassene aprovechó esta confesión para hablar de cosas menos candentes.

— Á propósito de fiestas, dijo, tendremos una muy próximamente, el 10 de agosto, en conmemo-

ración de la caída del tirano. Ahí tienes una buena ocasión para ejercer tu genio creador.

El pintor oyó sin pestañear aquel elogio hiperbólico que halagaba su vanidad y que consideraba legítimo, y respondió con énfasis :

— He pensado ya en esa solemnidad y estoy soñando con algo muy grande. En la plaza de la Bastilla se erigirá una estatua monumental de la Naturaleza, á la que el pueblo y sus representantes irán á rendir homenaje. Á sus pies, sobre una hoguera, se verán los atributos regios. De los senos de la estatua brotará un agua simbólica. El presidente de la Convención se acercará á esa fuente sagrada con una copa en la mano y teniendo abrazado al más anciano de nuestros colegas, llenará la copa y beberán en ella los dos al ruido de los cánticos, de las músicas y de las aclamaciones, acompañadas de cañonazos, y al fulgor de las llamas que subirán de la hoguera.

Dalassene sonreía con expresión de burla.

— El presidente y el colega que le asista, resultarán ridículos.

Belliere, picado en lo vivo, respondió con voz irridada :

— Ciudadano, no se es jamás ridículo cuando para impedir las burlas y para castigarlas, está el tribunal revolucionario y la guillotina. Puedes estar seguro de que nadie se reirá más de lo que se haya reído en otras solemnidades.

— Se hubiera podido hacerlas menos teatrales.

— Anda de ahí, escéptico, respondió Belliere recobrando la calma. Al pueblo es necesario hablarle á los ojos. Lo comprenderías mejor, Dalassene, si no tuvieras en la sangre algo de tu pasado aristocrático. Si Robespierre te hubiera oído, temblaría por tí.

Dalassene se encogió de hombros.

— No es muy temible, y, por otra parte, no nos oye.

— No hay que desafiar al rayo.

Belliere dijo estas palabras como una amenaza, y, para acentuar su significación, las repitió :

— No, no hay que desafiar al rayo, aunque se sienta uno libre de sus golpes. Lo digo por tí, Dalassene. Tus palabras son muchas veces arriesgadas y tu conducta imprudente, y de ello se aprovechan tus enemigos para acusarte.

— No ignoro sus calumnias, pero como no tengo nada de qué acusarme, las desdeño.

— ¡Nada de qué acusarte! exclamó Belliere. Hace un momento, cuando te he preguntado el nombre de tu amada, no me has repondido.

— Á causa de tu discípulo y de mi secretario. Su presencia me estorbaba.

— No me hacía falta tu respuesta para saber á qué atenerme, y mi pregunta no era más que el prólogo de los consejos que tengo que darte. Sabía, y no es un secreto para nadie, que después de haber

roto con la Villars, has contraído otros lazos. Se cuenta por todas partes que has traído de Saboya una joven, una emigrada, que está en Chanteloup con su hermana, y que vives con ella. ¡Emigradas en tu casa!

Dalassene se irguió fustigado por la cólera, y protestó con toda su energía.

— ¡Emigradas! ¡Es falso, falso mil veces! La ex condesa de Entremont y su hermana, la joven ciudadana Clara Palarin, son buenas patriotas! Establecidas en Saboya cuando nosotros llegamos, tuvieron que huir arrastradas por el marido de la mayor, oficial al servicio del déspota que reina en el Piemonte. Pero han vuelto á Chambery obedeciendo la orden dada á los emigrados de ese país y han brillado después por su civismo. La ex condesa se ha sometido con mucho gusto á las leyes de la República y, para probar su celo, va á recurrir á aquella de estas leyes con que hemos proclamado la emancipación de la mujer. Va á divorciarse y pronto llevará mi nombre. Quienquiera que la acuse es un fabricante de mentiras. Los amigos que la han tratado aquí, Dantou y Sechelles, te lo dirán como yo.

— ¿Por qué no se lo han dicho á tus acusadores?

— La ciudadana d'Entremont los ha rogado que no hablen de ella. Quiere esperar para dejarse ver á que estemos casados.

Belliere se sonrió y, en su sonrisa, se vió desdén y lástima.

— ¿Y eres tú, dijo en tono de reproche, tú, el guapo Dalassene, el escéptico, el verdugo de los corazones, tan variable, tan volandero, el que se ha enligado de ese modo?

— Lucía me ha transformado, y lo comprenderás cuando la veas, porque la verás. ¿Pero quién te ha instruido de su presencia aquí? ¿Quién te ha revelado lo que yo creía ser un secreto?

— ¿Quién ha de habérmelo revelado sino la Villars.

— ¡La Villars! ¡Es ella la que murmura contra mí!

— Se venga de tu abandono y de lo que ella llama tu traición.

Dalassene estaba asombrado.

— ¡Mi traición! Pues qué, ¿no le advertí, cuando salí para Saboya, que nuestra separación era definitiva? ¿No me he mostrado con ella locamente generoso? ¿No la he colmado de favores? ¿No la he hecho obtener una administración de loterías? Esto era claramente una despedida, y aunque no se lo hubiera dicho, no hubiera debido engañarse.

— Ha fingido que se engañaba. En tu ausencia, afectaba vivir esperándote, como Ariana á Aquiles y Penélope á Ulises.

— Y se consolaba con Fabre d'Eglantine, con Quinette, con Sechelles, con...

Belliere se echó á reír.

— Renuncia á enumerarlos. No conoces á todos sus consoladores.

— Luego esa mujer no ignoraba mis intenciones.
 — Lo que no impide que, al saber que no volvías solo de Saboya, haya jurado vengarse. No me lo ha ocultado. Ha estado en mi estudio con un pretexto, pero en realidad para saber si te había visto. Y me ha espantado el odio que se transparentaba en su lenguaje. Lo que á mí me dijo, se lo ha dicho á todos aquellos á quienes ofende tu popularidad. Ella es la que ha difundido el rumor de que vives con una emigrada, á la que, según ella, has ido á buscar á Turín. Te acusa de haber aprovechado tu estancia en el Piamonte para urdir una intriga con los realistas con el fin de destruir la República y poner en el trono al pequeño Capeto con su madre como regente.

— ¡Qué absurdos! exclamó Dalassene, que se paseaba de un lado á otro temblando de furiosa agitación. ¡Qué abominable criatura!

— No tienes peor enemigo, dijo Belliere.

— No puede nada contra mí. Yo probaré que me calumnia.

— ¿Lo probarás de todas sus acusaciones si las multiplica? Cuando se ha vivido con una mujer, como tú has vivido con ella, cuando se le han hecho confidencias y ella las convierte en armas contra ti, ¿no es de temer esa mujer? Ten cuidado, Dalassene, la Villars es mujer de enviarnos á la guillotina á tu ex condesa y á ti.

— Que cuide ella de no subir antes que nosotros,

dijo en tono de amenaza Dalassene. Te doy las gracias por haberme advertido; has desgarrado el velo que obscurecía mis miradas. No me explicaba la malevolencia que siento á mi alrededor desde mi vuelta y que he sorprendido en la sonrisa hipócrita de Robespierre y en el aire solemne de Saint-Just, ni las intrigas tramadas para impedir que se me reelija miembro de la Junta de Seguridad general. ¡Los miserables! ¡Así pagan los servicios que he prestado á la libertad! Pero desgraciados de ellos sí, no contentos con calumniarme, se atreven á tocar á la mujer divina que reina en mi corazón.

— Tranquilízate, dijo de repente Belliere, no estamos solos.